



## NARRATIVA DE ENFERMERÍA

EL CORAZÓN LATE AL RITMO DE LA VIDA:  
UN DÍA EN LA UCIN

THE HEART BEATS TO THE RHYTHM OF LIFE:  
A DAY IN THE NICU

 MIRIAM VALENZUELA FÉLIX<sup>1\*</sup>

<https://orcid.org/0009-0006-5382-8655>

1. Estudiante de nivelación de Licenciatura en Enfermería de la Facultad de Enfermería Culiacán, Universidad Autónoma de Sinaloa.

\*Autor de correspondencia: [miriamvalenzuela@yahoo.com](mailto:miriamvalenzuela@yahoo.com)

Este es un artículo de acceso abierto distribuido bajo los términos de la Licencia Creative Commons Atribución-No Comercial-Compartir igual (CC BY-NC-SA 4.0), que permite compartir y adaptar siempre que se cite adecuadamente la obra, no se utilice con fines comerciales y se comparta bajo las mismas condiciones que el original.

RECIE FEC-UAS

Revista en Educación y Cuidado Integral en Enfermería  
Facultad de Enfermería Culiacán

Julio - Diciembre, 2024 Vol.1 Num.2, pp. 165 - 168 e-ISSN (en trámite)

Revista online: <https://revistas.uas.edu.mx/index.php/RECIE/index>

## INTRODUCCIÓN

En la penumbra de la madrugada, la Unidad de Cuidados Intensivos Neonatales (UCIN) cobra vida al ritmo de los monitores cardíacos que marcan el pulso de una nueva jornada. En este espacio, donde cada sonido tiene un significado crítico, se mezclan las esperanzas de padres ansiosos con la incansable dedicación de médicos y enfermeros que trabajan como un solo cuerpo. La atmósfera está cargada de emociones: entre la delicada maquinaria que mantiene a los recién nacidos luchando por su vida, se despliega una fuerza invisible pero poderosa, una que se nutre de amor, resiliencia y fe.

Entre esos pequeños guerreros se encuentra Lucas, un bebé prematuro que llegó al mundo mucho antes de lo previsto. Con solo 28 semanas de gestación y pesando apenas 900 gramos, cada día representa un desafío y cada respiración, una victoria. Los profesionales de la salud se mueven con precisión y compromiso, ajustando parámetros vitales y cuidando de él con una dedicación que va más allá de la simple práctica médica. En este entorno, cada intervención no solo salva vidas, sino que también fortalece los lazos invisibles entre el bebé y su familia, tejiendo historias de superación y esperanza.

Aquí, en el corazón de la UCIN, se aprende que los pequeños triunfos tienen un significado profundo. Un aumento de peso, una respiración más regular, o el suave murmullo de una madre hablando a su hijo, se convierten en momentos de magia que demuestran el poder transformador del cuidado humano. Es un viaje lleno de desafíos, pero también de momentos de profunda conexión que redefinen el concepto de lo que significa luchar por un nuevo comienzo.

## DESARROLLO

Era una madrugada con aire frío, y los monitores cardíacos en la Unidad de Cuidados Intensivos Neonatales marcaban el compás de un nuevo comienzo. Aquel sonido mecánico, constante, y casi hipnótico, parecía sincronizarse con la vida misma, mientras a su alrededor resonaban los murmullos bajos de padres aferrados a la esperanza. La mezcla de emociones era palpable: ansiedad, amor, y una vulnerabilidad que solo se siente al borde de lo más preciado. En una cuna incubadora, un pequeño guerrero se aferraba a su primer aliento con toda la fuerza que podía reunir. Se llamaba Lucas, un bebé prematuro que había llegado al mundo demasiado pronto, a las 28 semanas de gestación.

Lucas pesaba 900 gramos, un número que por sí solo contaba una historia de fragilidad y lucha. Cada gramo que ganaba era un triunfo, y cada día que pasaba, una batalla ganada. Como enfermera en la UCIN, aprendí a encontrar significado en estos pequeños avances, porque sabía que la vida en esta frágil etapa es una danza constante entre la incertidumbre y la resiliencia. Mis colegas y yo nos movíamos con precisión alrededor de Lucas, ajustando los niveles de oxígeno y midiendo su

temperatura con la minuciosidad de relojeros, como si cada decisión pudiera inclinar la balanza hacia la estabilidad.

La madre de Lucas se convirtió en un faro de fuerza, iluminando la sala cada vez que llegaba con su amor incondicional. La emoción en sus ojos al verlo no podía esconderse, y el vínculo entre ambos trascendía las barreras de la incubadora. Ella le hablaba, le susurraba canciones, y aunque Lucas no podía contestar, todos podíamos sentir que su corazón se fortalecía al oírla. Aun así, había momentos de un miedo profundo: las complicaciones respiratorias y las infecciones eran enemigos invisibles que acechaban a cada paso. Cuando un pitido agudo cortaba el aire, la tensión se hacía tan densa que parecía tangible, y todos nos preparábamos para actuar con la rapidez que estas situaciones requerían.

Lo que me impactaba era la fuerza del cuidado que envolvía a Lucas. El equipo médico no solo realizaba tareas clínicas; era una comunidad entregada a infundir aliento y amor. Recuerdo vívidamente una tarde en que facilitamos un momento de “cuidado canguro”, colocando a Lucas sobre el pecho de su madre. Al sentir el calor y escuchar el latido del corazón de su mamá, su cuerpo, pequeño y delicado, se relajó y su respiración se hizo más regular. Los monitores reflejaron esta magia en tiempo real: su ritmo cardíaco se estabilizó, y en ese instante entendí que este contacto piel a piel era más que un gesto de consuelo; era un milagro.

El paso del tiempo trajo consigo logros emocionantes. Lucas empezó a ganar fuerza y peso. Sus primeras sonrisas iluminaron la unidad, recordándonos que incluso en los días más oscuros, la luz siempre encuentra su camino. Cuando llegó el día en que Lucas pudo irse a casa, sentí una mezcla de alegría y melancolía. La despedida era dulce, pero sabía que habíamos compartido un viaje que había cambiado a todos.

El tiempo en la UCIN me enseñó que cada bebé que cuidamos es un testimonio de la resiliencia de la vida. Aprendí que el trabajo no se trata solo de monitorear signos vitales o ajustar ventiladores. Se trata de infundir esperanza en las familias, de ser testigos y partícipes de un viaje donde cada respiración y cada gramo ganado es motivo de celebración. Esta labor nos recuerda a diario la increíble capacidad del amor y el cuidado para sanar, no solo los cuerpos pequeños de estos bebés, sino también los corazones rotos de las familias que nos confían sus sueños más preciados.

Cuando las luces de la UCIN se apagan al final del día, y la quietud se instala como un manto de paz, sé que hemos sembrado más que cuidados médicos. Hemos sembrado esperanza, esa semilla que seguirá floreciendo mucho después de que los monitores se apaguen. Y esa es la mayor recompensa de todas.

## CONCLUSIONES

**A** lo largo de mi experiencia en la Unidad de Cuidados Intensivos Neonatales, he aprendido que la vida, en su forma más vulnerable, tiene una fuerza increíble que muchas veces trasciende la comprensión. Cada bebé es un recordatorio de lo extraordinario que puede ser lo aparentemente frágil, y cada familia que cruza nuestras puertas nos enseña sobre la resiliencia y el poder del amor.

Como enfermera, he comprendido que mi actuar no es solo un conjunto de procedimientos clínicos. Es también la presencia constante, las palabras de aliento y los gestos llenos de empatía. He visto cómo un toque suave, una sonrisa sincera o el apoyo emocional a los padres en los momentos de mayor desesperación pueden marcar una diferencia tan significativa como un medicamento o una intervención médica. Ser enfermera en la UCIN significa ser un pilar de fortaleza y consuelo, alguien que no solo cuida del cuerpo, sino también del espíritu de quienes enfrentan lo inimaginable.

El aprendizaje más profundo ha sido entender que, aunque la tecnología y la ciencia son esenciales, el verdadero impacto se logra al humanizar el cuidado. Las intervenciones más efectivas a veces son las que no se registran en un monitor: el calor de un abrazo piel a piel, el consuelo que se ofrece en un susurro, y la esperanza que infundimos en los padres. En estas circunstancias, la enfermería no solo es imprescindible; es la chispa que mantiene viva la llama de la esperanza. Saber que mi trabajo puede traer consuelo y fortaleza, incluso en los momentos más críticos, es lo que me inspira a seguir adelante cada día.

En cada respiración que ayudé a estabilizar, en cada lágrima que acompañé con palabras de aliento, y en cada corazón que vi fortalecerse, entendí que la enfermería es mucho más que una profesión; es un compromiso de vida con aquellos que más lo necesitan. Esta experiencia ha dejado en mí una huella indeleble y una gratitud profunda por ser parte de algo tan milagroso y lleno de propósito.